

LOS FALLOS DE LA ETIMOLOGÍA MODERNA

Por apoyarse la etimología en todos los recursos de las demás ciencias filológicas, es natural que los progresos de la etimología sean paralelos a los avances de todas las ramas lingüísticas, y que las detenciones o colapsos de estos estudios se traduzcan en vacilaciones y paradas de la investigación etimológica. Hasta ahora los diccionarios etimológicos eran fundamentalmente el archivo de las etimologías personales dispersas en libros y revistas. Y las etimologías personales eran generalmente un hallazgo ocasional que deparaba un dato captado de las lecturas. El etimologista, iluminado por este dato, forjaba un pequeño cuadro de formas con los elementos más a mano y aparecía como el inventor de una etimología o el forjador de una hipótesis etimológica. La etimología no ha podido dar el paso gigantesco que necesita porque carece aún de medios suficientes y porque donde hay medios abundantes éstos no están debidamente organizados. El etimologista español carece de medios suficientes, porque no existe un diccionario histórico, ni un atlas, y porque los diccionarios regionales del mismo castellano son pocos y no alcanzan más que una pequeña parte de la riqueza existente. El etimologista francés e italiano tiene abundancia de vocabularios regionales y unos ricos atlas lingüísticos, pero aun así no tiene una materia ni suficiente en cantidad ni suficientemente organizada. Los atlas lingüísticos con un puro criterio de encuesta ideal dan abundancia de formas, pero dispersas y perdidas en la desbandada de los temas sinonímicos, que son la mitad de los temas de sus cuestionarios. La etimología estaría a las puertas del triunfo si a estas alturas existieran atlas verbales, en que a cada voz original latina o germánica correspondieran las variantes o derivados esenciales. Por eso el francés es la lengua afortunada que a la terminación del gran diccionario de Wartburg, gran sistematización de la encuesta verbal, puede entrar en la discusión con datos de gran archivo, no con los pobres datos de una recogida personal. Mientras esto no se logre en cada país románico la captura personal a salto de mata será siempre pobre y dudosa, y el etimologista, imposibilitado para una función clínica de alto vuelo científico, diagnosticará en función de zahori, estrujando su

sagacidad por falta de cuadros, en peligro siempre de caer en las trampas que no logra descubrir la visión parcial.

Propiamente la verdadera etimología nació de la fonética. Cuando el mero parecido de una forma y de su significado fué sustituido por una ley fonética se descubrió el camino real de la etimología, y esta empezó a caminar con pasos firmes. Los fonetistas, sustitutos de los meros aficionados, recorrieron unos trechos con ánimo seguro y trazaron un plano del terreno por ellos alcanzado. Este triunfo inicial nadie se lo podrá regatear cuando se historie la filología y la etimología. Pero los técnicos de la fonética no se dieron cuenta de que utilizaban la lengua para comprobación de la fonética y no la fonética para comprobación de la lengua. El plano de los fonetistas no se sujetaba al terreno, sino que el terreno se amoldaba al plano. Lo que se decía en su ley quedaba dicho como dogma lingüístico. La gran masa de voces que no se explicaban por ley quedaban silenciadas en las fonéticas históricas, echándose en el cesto de los papeles, como una molesta complicación, todas las formas que no se ajustasen a las leyes que formulábamos. Este sistema táctico de los fonetistas pasó a los etimologistas, que con un criterio igualmente estrecho rechazaban con cómodas despachaderas etimologías ciertas, porque eran inexplicables por su fonética, sin pensar bien que la fonética sencilla de nuestros manuales se funda a veces en una falsedad radical y otras veces no es más que una falsa simplificación de una realidad complicada. La realidad sin simplificar es que las lenguas son un complejo dialectal y que una palabra latina unas veces da una forma con una ley, pero generalmente da cinco o diez formas con cinco o diez leyes. Aun donde descubramos la ley dominante del dialecto de fortuna (el castellano, el toscano o el de la Isla de Francia), este dialecto de fortuna es un complejo, porque no es uniforme consigo mismo, por tener en su zona rasgos diferentes y porque en su expansión victoriosa tiene que aceptar multitud de formas de compromiso. Así carecer de fonética era andar a ciegas, pero andar ufano con un plano imperfecto y en parte falso es andar con peligro de errar a cada paso. Así la fonética modesta que empezó abriendo la puerta grande de la etimología ha llegado a ser un elemento retardador por una sobrevalorización injustificada. La fonética incompleta convertida pomposamente en dogma quiere cerrar ojos y oídos a cuanto la contradice, sin ver que ella no tiene más que una parte de razón en el número de razones que regulan un idioma. Por el prestigio que la fonética ha logrado, el error más pequeño de esta fonética dogmática tiene consecuencias de gran amplitud. Citando un solo error, el trato fonético de la vocal inicial silábica, se aprecia qué número de formas románicas han estado sin esclarecer o se han rechazado al explicarlas. La ley verdadera es que la vocal inicial

silábica que no tiene más que función fonética, tiende a perderse. Desde los tiempos de Baist y luego en la Gramática magistral de Meyer-Lübke se han estudiado con prodigiosa minuciosidad las variantes de la vocal inicial; pero la pérdida de la inicial silábica se ha valorado con poca fortuna, estableciéndose que fonéticamente se conserva y sólo en algún caso excepcional se pierde. La observación exacta de Meyer-Lübke I § 374, de que en los dialectos se pierde mucho más que en la lengua oficial, no se ha sabido explotar. En los dialectos se pierde la inicial más, porque en los dialectos impera más libremente la fonética que en la lengua oficial. En la lengua oficial un criterio etimológico o gramatical hace que se rechacen o silencien las formas populares que han obedecido a la fonética. En el mismo párrafo Meyer-Lübke presenta como un caso singular el milanés, que no conoce ninguna *e* átona inicial, sin ver que este hecho se produce porque se han recogido en este dialecto las formas populares. Si no se ha perdido toda *e* inicial es porque a tiempo se asimiló a un prefijo afín, como *encella*, *ensordar*, *enjugar* o *ablentar* o *esfregar*. Una lista amplia nos probaría que el español es tan demoledor como el milanés, y un criterio histórico bien datado nos probaría que hasta verbos que tomamos por simples proceden a veces de compuestos latinos con *e* - como *jutar*. Fonéticamente el mismo castellano podía ponerse en el mismo caso del milanés. De un centenar aproximado de voces con *e* silábica latina el castellano no conoce ningún caso de conservación popular. No sólo ha hecho las conocidas reducciones de *limosna*, *mellizo*, *migraña*, *jalbegar*, y las menos conocidas de *roña*, *briaga*, *lera*, *nial*, *raña*, *ranear*, *vaguada*, *jambrar*, *jutar*, *jotar*, sino que la masa de cultismos que van llegando al oído del pueblo sufre esta implacable decapitación, como *disipóla*, *letuario*, *pitaño*, *pistola*. No es cierta pues la ley fonética de la conservación, ni siquiera la escala geográfica que se hace, suponiendo que en italiano es frecuente la elisión más que en la Península Ibérica. La pérdida de la vocal inicial silábica no hay que explicarla, porque es un supuesto fonético, y lo que hay que explicar es su conservación, esto es, qué valor funcional original y adquirido tiene tal vocal inicial de tal palabra que le está librando de su eliminación o qué voces emparentadas la defienden. Sólo hay que explicar el caso raro de conservación vulgar, como *ejemplo*, que acaso ha visto sostenida su *e* por sus gemelos *ensiempro*, *enjemplo*, con *e* evadida hacia *en*. Otros casos, de perniciosa trascendencia para la etimología, han sido algunos errores morfológicos. Citando sólo un error, el de los prefijos latinos, se aprecia qué perturbaciones graves ha dejado entre los estudios de etimología y en los diccionarios etimológicos. Bastaba haber observado que en latín estaban en competencia y hasta en confusión *e*, *de*, *ex*, *dis* (*deturbare*, *exturbare*, *disturbare*, etc.) para pensar que en la

evolución románica de cualquier país seguiría en juego esta confusión. Lo lógico era partir de la forma latina indudable y suponer confusiones romances, sin empeñarse en que se admitan bases latinas innecesarias. Pensar que las etimologías habían de empezar por la misma letra de la forma discutida era la ingenua creencia de los aficionados anteriores a la fonética. Pensar que en las palabras con prefijo hay que tener el prefijo idéntico en latín es una creencia que no se logra ver desterrada ni de las obras etimológicas magistrales. Habiendo una base segura como *dedignare* no se explica por qué presentar en los diccionarios el latín *disdignare*, que no ha existido y que según el criterio de la identidad no serviría para explicar el it. *sdegnare*. Con la obsesión de la identidad del prefijo son centenares las voces que en los diccionarios románicos faltan; incluso en el magnífico diccionario de Wartburg se omite el latín *evigilare*, y el único que lo cita, Gamillscheg 396, admite que *éveiller* no viene de *evigilare*, sino de un supuesto *exvigilare*. Todas estas sustituciones de prefijos en latín son innecesarias e insuficientes, porque con el criterio de identidad, si *evigilare* no puede explicar *éveiller*, tampoco *exvigilare* podría explicar el castellano *desvelar*. Urge pues dar en este punto al latín lo que es del latín y al romance lo que es del romance y situar bien los centenares y centenares de voces mal situadas. Empeñarse en que en latín han de tener *ad abeldar*, *ahogar*, *amenar*, *anegar*, *asordar*, y *ex esleer*, *esperecer*, *esbregar*, *esmerar*, *esmuñir*, y *dis desdeñar*, *desvelar*, *deshojar*, *desdentar*, *desplomar*, *desmochar*, *desperder*, *despertar*, *desmoler*, *desraigar*, y tantas otras, es cerrar los ojos a la evidencia del juego de prefijos que ha estado en función y que sigue estando desde los estadios de la misma lengua. El castellano culto ha destacado una gran preferencia por *des* frente al castellano vulgar, que, a semejanza de *s* italiana, prefiere *es*. Y no se apele a explicar esta diferencia suponiendo que las formas cultas con *des* proceden del latín *dis* y las del castellano vulgar con *es* proceden del latín *ex*. De *evigilare* la lengua vulgar dió *esvelar* y la lengua culta *desvelar*; de *expertus* la lengua vulgar dió *espierto* y la culta *despierto*. Se dirá que este error de los prefijos no afecta a la esencia de las etimologías; pero es innegable que esta vacilación implica una falsedad y en todo caso afea nuestros diccionarios.

V. GARCÍA DE DIEGO

Madrid.